



PANELES DE EXPERIENCIA

PROFESORADO

CRISTIANO

presencia y compromiso

La dirección: liderazgo y servicio en la construcción del Reino

Colegio San Ramón y San Antonio

Pedro Concejero Lasso de la Vega

Archidiócesis de Madrid

DESCRIPCIÓN DE LA EXPERIENCIA

Me dispongo a comentar mi experiencia y mi vivencia como director del Colegio San Ramón y San Antonio enmarcándolo dentro de mi experiencia cristiana.

Vivimos tiempos de gran incertidumbre, parece que lo único seguro es el cambio. Nos resulta muy difícil anticipar lo que nos sobrevendrá en el futuro. Tradicionalmente la escuela ha tenido como objetivo preparar para un futuro, pero ahora mismo del futuro sabemos muy poco, resuelta difícilmente anticipable, tal vez lo único que sepamos de él es su imprevisibilidad; el futuro ya no es lo era.

Hace poco leí que cuatro de cada cinco alumnos trabajarán en puestos de trabajo que aún no existen, con campos de conceptos que aún no existen usando herramientas que no existen. ¿Cómo prepararlos entonces para ese futuro? ¿Qué puede, qué debe hacer la escuela de hoy en un escenario como ese?

Es fundamental asumir que cualquier educación que nos apasione tiene que nacer de un regreso a lo esencial, a aquello que no caduca. En primer lugar, sostener, soportar la incertidumbre (eso también se puede y se debe enseñar), por otro lado, aprendizajes como atravesar las emociones, vivir en sociedad y deliberar con otros, usar el lenguaje cuidando las palabras parecen que nos acompañarán y nos servirán siempre. Me gusta que en griego la palabra "idiota" signifique aquel que se desentiende de las cuestiones públicas, de lo común, de lo de todos, no quiero que mis alumnos sean idiotas en el sentido etimológico de la palabra, es decir no quiero que le den la espalda a la comunidad.

Por otro lado, debemos tener en cuenta también que los objetivos de la educación se han circunscrito históricamente a generar trabajadores, consumidores, piezas que encajan en un sistema previamente establecido. Desde una perspectiva cristiana es fundamental asumir puede estar bien esa perspectiva, pero que es necesario no solo encajar en el mundo sino arriesgarse a mejorarlo. Podríamos pensar en una escuela que fuera un desafío para el mundo que la creó, una escuela que pusiera en cuestión el mundo del que es deudora. Aumentar el nivel de conciencia de mi comunidad empezando por uno mismo es el objetivo de la escuela de hoy, no me cabe ninguna duda. Siempre recuerdo a Santo Tomás cuando dijo que no somos solo responsables de actuar en conciencia sino también del estado de nuestra conciencia.

En mi experiencia, que será la de muchos, elevar el nivel de conciencia implica que los problemas no se resuelven se disuelven.

Una de las cuestiones que más me apasiona de la educación, se recoge en la etimología de la palabra educar. Por un lado, se dice que viene de “educare” de llenar, de alimentar. Pero otros señalan “educere” donde el significado hace referencia a guiar, a conducir. Educar no es solo llenar, completar, regalar lo se sabe; es descubrir en el otro, ayudar a despertar, acompañar en el viaje no solo hacia la realidad sino hacia uno mismo. A veces pienso que hemos privilegiado el primer significado, claramente importante, olvidando la importancia de la mirada de un maestro que convoca a la mejor versión de uno mismo. Educar no es llenar es encender.

Otro aspecto, el que ahora me ocupa, es liderar todo esto, cambiar de mirada, ahora aparece la mirada de la dirección a través de otro servicio diferente: el de liderar. Pero liderar no solo como ir delante, sino como ir al lado, como acompañar sabiendo cuál es el horizonte que nos convoca, liderar como dotar de sentido la tarea, como cuidar la implementación de una cultura del cuidado y por supuesto cuidar no es proteger o no es solo proteger, hay una dimensión en el cuidado relacionada con la exposición a cierta incomodidad. Cuidar como hacer consciente al otro de su valía, cuidar como dotar de herramientas, cuidar como perdonar y perdonarse y ser perdonado. Los que nos dedicamos a la educación sabemos cuántas veces hemos llevado nuestras fuerzas hasta el límite para así ampliarlo lo más posible, averiguar dónde estaba y desplazarlo lejos de donde se encontraba.

Siempre que pienso en mi propia experiencia vienen a mi cabeza dos personajes del Evangelio que ilustran a la perfección las coordenadas desde las cuales entiendo mi trabajo como profesor.

Por un lado, ZAQUEO. Pienso en Zaqueo como el recordatorio constante de lo importante que es no mirar al otro viendo exclusivamente sus méritos. No reducir al otro a lo logrado. Se trata de una invitación a que no sean los méritos lo que condicionen nuestra mirada. Jesús no elige en función de lo logrado, parece que eso no son más de categorías humanas. No solo se trata de entender que la gracia está más allá de los méritos, se trata de que el educador atienda a lo que aún no está, a ese potencial existente por ser hijo de Dios, que permanece dormido. A veces nos olvidamos que el límite de lo real no es lo que es simplemente hay, que conviene tener en consideración que lo que no está, pero podría de alguna manera llegar a estar, también forma parte de la realidad. Las posibilidades forman parte de lo real a veces incluso más que aquello que damos por supuesto.

Por otro lado, NICODEMO, que lo fue a ver de noche. Hay en Nicodemo una dimensión vital para entender la tarea del profesorado cristiano. El culto, el sabio, el ilustrado si se quiere, que visita a Jesús de noche. Nicodemo tiene miedo, pero lo hace aun con miedo. Él mantiene abierta la puerta acercándose desde la intelectualidad al misterio. No se queda en la cabeza. El buen profesor nunca deja de ser aprendiz. Hay en Nicodemo una clave que todos

los colegios deberían implementar, a saber, los buenos resultados que produce la combinación de humildad y coraje.

Al hilo de esto. Me gustaría recordar que en mi trayectoria hay tres versos que jalonan como hitos permanentes mi recorrido como profesor y ahora como director. Vemos con la mirada, pero necesitamos palabras para objetivar las sombras que intuimos. Los poetas nos ayudan en esa tarea.

El maestro Cernuda dijo una vez, desde el exilio: “no eches de menos un destino más fácil”. Siempre que oigo estos versos me dispongo a honrar el lugar en el que me ha puesto la vida, abandono ese fantasear con otros escenarios más cómodos, atendiendo a lo que tengo delante.

En un poema inolvidable de José Ángel Valente, leemos: “Te respondo/ que todavía no sabemos/ hasta cuándo o hasta dónde/ puede llegar una palabra,/ quién la recogerá ni de qué boca/ con suficiente fe para darle su forma verdadera” para seguir más adelante “las palabras, que no nos pertenecen,/ se asocian como nubes/ que un día el viento precipita sobre la tierra/ para cambiar, no inútilmente, el mundo”.

El maestro, el buen maestro, sabe que su trabajo tiene un componente de espera, de paciencia, sabe que debe ser valorado por lo que siembra no por lo que recoge. Lanza una palabra, un gesto de cariño, de apoyo, de esperanza y se desentiende del resultado.

Antes de terminar quiero recordar unos versos de Lezama Lima que siempre me recuerdan la necesidad constante de mantenerse en contacto con el Misterio, dice: “sensación final del rocío/ alguien está detrás”.

